

# La “paideia” y la lengua griega en las academias principescas de Moldoalacia

Jorge Hurmuziadis

“Las vueltas de la rueda que suben y bajan...”. Este maduro verso de Vicencio Cornaros<sup>1</sup> no fue escrito sólo para recordarnos los cambios que puede llevar consigo el paso del tiempo en nuestro mundo afectivo o en las decisiones del destino. Es válido, asimismo, para todo tipo de relación entre los hombres y, aún más, entre los pueblos.

En el espacio geográfico en que vivimos, vemos la amistad política que inauguraron, hace cincuenta años, estadistas como Venizelos y Ataturk, pisoteada por los actuales descendientes de este último. Luego de una coexistencia pacífica de medio siglo, resucitan sus planes expansionistas con su invasión de la isla de Chipre y la amenaza de nuestro mar Egeo. Por otra parte, observamos cómo mejoran nuestras relaciones con los demás pueblos de nuestra Península, a pesar del hecho de que estos vecinos salieron de la Segunda Guerra Mundial con sistemas políticos y sociales diferentes de los que rigen en el mundo occidental.

En especial nos regocija el firme mejoramiento de nuestras relaciones con Rumania, antigua y probada amiga de Grecia, tanto en lo político como en lo cultural. En los últimos años han circulado en Bucarest traducciones de obras de muchos literatos griegos y se organizaron, en la capital rumana, así como en Atenas, exposiciones de libros y de pintura. Muchos científicos y humanistas viajaron de un país al otro, estableciendo un conocimiento personal con el correspondiente pueblo vecino, sus costumbres y su cultura.

Nuestros representantes pudieron acreditar cuánto se amplió en la Rumania de postguerra el estudio sobre la influencia griega y su papel en la conformación espiritual de la cultura del pueblo rumano, especialmente en los años postbizantinos.

Relativamente se escribe mucho en revistas especializadas y libros. Los juicios se esfuerzan en ser lo más objetivos posible. Se

<sup>1</sup> Autor cretense del poema épico medieval *Erotócritos*.

observa también cierta predisposición a rehabilitar la memoria de estadistas y sabios fanariotas, a quienes tanto maltrataron los historiadores del siglo pasado.

Un libro de este tipo, editado en Bucarest en 1971, es el estudio de unas cuatrocientas páginas de la señora Ariadna Camarianú-Ciorán y que lleva por título *Las Academias Principescas de Bucarest y de Iasi*. La obra fue publicada por la Academia de Ciencias Políticas y Sociales de Rumania, la más alta institución cultural del país amigo, hecho que da mayor importancia a su contenido y que, indudablemente, corresponde a la actitud rehabilitadora que mencionamos.

La obra proyecta tanta luz sobre la contribución griega al cultivo de las letras en Rumania —y finalmente a la formación de su cultura—, que el año pasado se tradujo al francés y se publicó por la Fundación de Estudios Balcánicos de Salónica, especialmente completada con ilustraciones. La Academia de Atenas honró este trabajo en diciembre de 1974 con un premio especial, complementado también con una considerable remuneración.

A este respecto, resulta imposible no recordar la suerte diferente que tuvo otro libro —sobre el mismo tema y de similar volumen—, escrito hace unos 25 años por el inolvidable amigo Cleóbulo Tsurkas, y titulado *Los comienzos de la enseñanza filosófica y de la libertad de pensamiento en los Balcanes*<sup>2</sup>.

Tsurkas era Doctor en Filosofía por la Facultad de Letras de la Universidad de Bucarest y vivió muchos años en Rumania. Estudió todo lo relativo a la fundación y funcionamiento de las academias principescas de Bucarest y de Iasi. Sacó a luz numerosos manuscritos griegos olvidados en el archivo de la Academia Rumana, entre ellos todos los relativos a las obras del gran maestro del siglo XVII Teófilo Coridaleus, comentador de la filosofía aristotélica.

Con este libro suyo, impreso por vez primera en Bucarest en 1947, dos años después de finalizar la Segunda Guerra Mundial, Tsurkas revelaba el papel decisivo que jugaron los letrados y el clero griegos en la organización y funcionamiento de aquellas academias, y, aún más, destacó la influencia salvadora que tuvo el idioma griego en el desempeño del rumano durante la continua

<sup>2</sup> Véase Hurmuziadis, Jorge, "Los comienzos de la enseñanza filosófica y del libre pensamiento en los Balcanes (Vida y obra de Teófilo Coridaleus)", en *Bizantion Nea Hellas Nos. 3-4*. Santiago, Ed. Universitaria, 1975, pp. 191-199.

influencia que ejercían sobre él las lenguas eslavas. Los maestros griegos —sostiene Tsurkas— exhortaban a los rumanos a hablar y escribir en su propia lengua, despertando así no sólo su conciencia nacional, sino también su amor por la independencia. La recompensa que ganó Tsurkas por este agotador trabajo fue la confiscación de su libro y el exilio para sí mismo. Hoy día, el libro de la señora Camarianú-Ciorán repite exactamente las mismas verdades y es premiado tanto en Bucarest como en Atenas. Por lo tanto, es necesario admitir que algo ha cambiado en las relaciones entre ambos pueblos, como también en el juicio de los estudios históricos. Por ello recordaba a Cornaros y su inmortal verso: "Las vueltas de la rueda que suben y bajan", verso que los acontecimientos históricos se encargan de actualizar cada tanto.

Mediante la lectura de la obra de la señora Camarianú-Ciorán se concluye que ésta tuvo a su disposición mayores y más auténticas fuentes que las que pudo investigar Cleóbulo Tsurkas. Ella misma está de acuerdo en su prólogo en que los documentos y manuscritos consultados forman parte de un enorme volumen, siendo la mayoría de ellos desconocida por los historiadores que se ocuparon de las academias principescas de Moldovalaquia antes que ella. Como subraya significativamente, "el archivo de la imprenta griega de Viena es verdaderamente un tesoro inexplorado", es decir que aún contiene tanta riqueza ignorada. Basándose sobre nuevos elementos pudo precisar con mayor exactitud en qué año fueron fundadas las dos academias, así como también quiénes fueron sus fundadores, sobre los cuales existían dudas. Resulta de este modo que la Academia de Bucarest fue fundada en 1674 por el vaivoda Serbán Cantacuceno, mientras que la de Iasi la creó el príncipe Antíoco Cantemir en 1707. Se demuestra, además, contrariamente a lo sostenido durante largo tiempo por determinados historiadores, que la lengua griega no fue impuesta en la enseñanza por los príncipes griegos descendientes de Fanari, esos "fanariotas" tan mal vistos por los historiadores, sino que fue el resultado de una necesidad histórica debida a razones religiosas, políticas, económicas y culturales. Tales razones son presentadas por la autora con claridad cristalina y dan una respuesta convincente a la duda que justificadamente nace en el pensamiento de cada estudioso: si es comprensible que el griego fuese la lengua de enseñanza en la Academia Patriarcal de Constantinopla y en los Liceos de Yanina, Quíos y Esmirna —que funcionaban en aquel entonces—, en cambio resulta difícil entender por qué se utilizó ese mismo idioma en las academias de Moldovalaquia, donde el elemento griego constituía simple minoría.

Pero antes de examinar las razones que explican este raro fenómeno histórico, vale la pena detenerse en dos detalles —aunque sean detalles— que añaden peso a los argumentos de la señora Camarianú-Ciorán. Cincuenta años antes de la fundación de la Academia de Bucarest funcionaba un Instituto de Enseñanza Superior en Tirgóviste de Valaquia, donde los maestros griegos Paisios Lygaridis e Ignacio Petritsis enseñaban en griego el humanismo clásico y la civilización bizantina. Lo mismo sucedió en Iasi donde, concretamente en 1640, se había fundado una Escuela Ortodoxa Griega en el convento de San Sebastián, por los maestros Nicolás Kerameas y Teodoro de Trebisonda. El otro argumento que se agrega es el hecho de que en la época en que esto ocurría, los vaivodas y príncipes de MoldoValaquia eran de ascendencia rumana y no fanariota. Mucho más tarde, recién en 1712, los turcos comenzaron a enviar príncipes griegos. Por lo tanto, aquellos que prefirieron o determinaron al griego como lengua de enseñanza no eran fanariotas sino rumanos. Veremos ahora las razones que originaron este fenómeno. Uno de los motivos por que el idioma griego predominara en las letras rumanas durante los siglos XVII y XVIII era, como dijimos, de orden religioso.

Cleóbulo Tsurkas en su libro *Los comienzos de la enseñanza filosófica en los Balcanes*, escribe largamente sobre la necesidad que sentía el pueblo rumano de liberar su administración y su Iglesia de la influencia eslava. Sabemos ya cuánto le costó a Tsurkas esta insistencia.

La señora Camarianú-Ciorán prefiere no extenderse sobre este asunto tan espinoso y se esfuerza por aclarar otras facetas del tema, no menos interesantes. Así, por ejemplo, se refiere más detenidamente a aquella otra necesidad del pueblo rumano —de religión ortodoxa, como se sabe—, de resistir a los intentos de las iglesias occidentales por atraerlo a su esfera de influencia. El latín era la lengua de Occidente y su instrumento de propagación religiosa, mientras que el griego lo era del Oriente. Para la Iglesia Ortodoxa rumana, que formaba parte del Patriarcado Ecuménico, no había mejor medio de defensa contra cualquier ascendiente foráneo, que el griego como lengua de la Ortodoxia. Esta preferencia, al parecer, contó con el apoyo del pueblo rumano. De otro modo no se explicaría por qué todas las escuelas que se abrieron en MoldoValaquia, antes y después de las academias principescas, donde se enseñaba en idioma latín —tan emparentado con el rumano—, se cerraron pocos años después de su fundación. Ninguna pudo echar raíces.

Pero no son menos significativas también las razones políticas que contribuyeron a la difusión de la lengua griega en los principa-

dos danubianos. Según es sabido, cuando los turcos tomaron Constantinopla y disolvieron el Imperio Bizantino, muchos letrados y clérigos griegos encontraron refugio y protección en Moldovalaquia. Monasterios que se habían construido en el Monte Athos con dinero de los príncipes, volvieron bajo la jurisdicción de sus fundadores. Teniendo en cuenta que los zares de Rusia, como asimismo los príncipes de Moldovalaquia, gozaban de una relativa autonomía, quizás creyeron que podían convertirse en protectores de la Iglesia Ortodoxa y en continuadores de la cultura bizantina. Miguel III el Valiente, quien obligó a los turcos a reconocerlo como príncipe de Moldovalaquia (1590-1601), luego de dos brillantes victorias contra ellos, sabía que este reconocimiento se lo debía también a los consejeros griegos de Fanari, denominados "Grandes intérpretes de la Sublime Puerta". Y quiso realizar la idea, por supuesto utópica, de combinar la autoridad y el poder político de los fanariotas con su propia fuerza militar, con el fin de lanzarse un día a la empresa de reconquistar Constantinopla y resucitar el Imperio Bizantino.

Muchos griegos, asimismo, y no solamente los cultos sino también los hombres del pueblo, creían en el papel de defensores de la Ortodoxia de los príncipes de Moldovalaquia y en la posibilidad que éstos tenían de ayudar al helenismo a liberarse de la esclavitud turca. También Basilio Lupu (1634-1653), uno de los grandes príncipes de Moldavia, debió su nombramiento a la influencia de los círculos griegos de Constantinopla. Tanto a Lupu, como más tarde a Serbán Cantacuceno (1678-1688) y a Alejandro Hypsilantis (1774-1806), abuelo de nuestro glorioso héroe de 1821 (guerra de la Independencia helénica), maestros tan célebres como Atanasio Patelaros, Jeremías Kakavelas e Iliadis Manasis los llamaban "Orgullo y emperador nuestro", y los alababan por su ascendencia bizantina, calificándolos de "futuros liberadores del neohelenismo esclavizado".

En consecuencia, por razones políticas también, los príncipes de Moldovalaquia, incluso los de ascendencia rumana, eran movidos a hablar y a escribir en griego, y hasta lo impusieron como idioma de su corte, para que sus hijos —como su aristocracia administrativa y cultural— se familiarizaran con él.

Sabido es que el cultivo del clasicismo heleno, que había tenido tanto desarrollo en Bizancio, no se detuvo con la caída de Constantinopla. Continuó su ascendencia en Occidente por intermedio de los sabios griegos allí refugiados, resultando beneficiado con el diálogo mantenido con el iluminismo occidental, es decir, con las teorías filosóficas que entonces florecían en Occidente, las cuales, promoviendo el pensamiento y la razón del hombre, querían libe-

rarlo de los preconceptos y las sectas del dogmatismo religioso. Más tarde, una parte de estos sabios regresaron al Oriente dominado por los turcos y escribieron sus obras en lengua griega. Sin embargo, las imprentas adecuadas para su publicación, con excepción de las del Patriarcado Ecuménico, sólo existían en los principados danubianos y en países situados más allá de la Península. Los príncipes moldovalacos dieron su apoyo preferencial a las obras que defendían a la Ortodoxia y que constituían una barrera para la propaganda de las demás iglesias. El número de tales libros fue importante, pero más lo fue aún la cantidad de traducciones al griego de las obras de los grandes iluministas de Occidente, como Bacon, Voltaire, Jean-Jacques Rousseau y otros.

Era natural que este animado movimiento editorial en lengua griega contribuyese a su mayor difusión; vale decir, a que el griego se convirtiera en idioma de todos los pueblos balcánicos, “la lengua de la literatura y de la ciencia en la Península, exactamente como sucedió con el latín en los pueblos de la Europa Occidental”, según escribió el historiador rumano N. Banescu. O bien, lo que expresara otro comentador rumano contemporáneo, Alejandro Ciornescu, respecto a las traducciones de obras de pensadores y reformadores del mundo occidental: “La ventana que se abrió a los intelectuales rumanos para permitirles dar una primera mirada al pensamiento occidental y a la literatura europea”.

Por aquellos viejos tiempos, tanto Moldovalaquia como los Balcanes eran países agrícolas. El transporte de sus productos a los lugares de consumo se realizaba en barcos, ya sea por vía marítima o fluvial. La navegación en el Danubio, el Mar Negro y el Mar Egeo se hallaba en manos de mercaderes y navieros griegos, quienes —como los milesios y megarenses en la Antigüedad— poseían el monopolio del tráfico de la riqueza que crecía en los fécondos campos danubianos. Con el ritmo de aumento de la producción, se multiplicaba la presencia de helenos en aquellos lugares. Llegó un momento en que las compraventas, correspondencia, facturas de mercadería, conocimientos, se llevaban todos en lengua griega. Es decir, que sucedió con esto en Rumania y los Balcanes, e incluso en Rusia, lo que hoy ocurre con el inglés, que pasó a ser lengua internacional. De este modo se había convertido el griego en idioma del comercio panbalcánico, y en grado tal que en Moldavia y Valaquia, grandes países de intenso intercambio mercantil, los habitantes de puertos y ciudades solicitaron a sus príncipes la fundación de un mayor número de escuelas griegas.

Pero en la difusión de la lengua griega también jugaron un papel importante matrimonios mixtos. En aquel tiempo las jóvenes

griegas eran muy solicitadas en matrimonio por su distinción, belleza y cultura. Tres príncipes del siglo XVII tenían esposas griegas de Constantinopla, Quíos y Rodas. Por lo tanto, era natural que desearan que sus hijos aprendieran el griego, idioma que les abriría las puertas de la cultura clásica, del pensamiento y del arte, facilitándoles —además— sus relaciones con el centro espiritual de la Ortodoxia, con los grandes intérpretes que tanta influencia poseían en la Sublime Puerta, con los príncipes de los otros países balcánicos y aun con la corte del zar de Rusia, donde por todas partes se hablaba el griego. Las grandes familias principescas de los Cantemir, los Rocovitsa, los Brancoveanu, cuya ascendencia no tenía ninguna relación con Grecia o con Fanari, no solamente hablaban el griego, sino que escribían libros en ese idioma también, sabiendo que así serían leídos tanto por sus compatriotas cultos como por otros pueblos de la península helénica. Muchos de ellos manejaban con tal perfección la lengua griega, que eran considerados verdaderos maestros, correctos "maîtres" del neohelénico, como Constantino Brancoveanu, hijo de príncipe, que en 1704 imprimió en Bucarest una maravillosa traducción al griego moderno de las *Vidas paralelas*, de Plutarco.

La autora menciona los nombres de muchos intelectuales rumanos —entre ellos los de fervientes patriotas, asimismo—, los cuales, aunque lucharon por imponer el rumano en las letras de su patria, escribieron, no obstante, sus libros en griego. Uno de ellos fue el príncipe de Moldovalaquia, Demetrio Cantemir, historiador y hombre versado del siglo XVIII (1673-1723), personalidad de proyección internacional, miembro de la Academia de Ciencias de Berlín, quien compuso su ensayo filosófico *Conflicto entre cuerpo y alma* en griego moderno. Otro tanto hizo Miguel Cantacuceno, autor de la *Historia de los rumanos*, junto con muchos otros estudiosos de linaje rumano, que se ocupaban en especial de la historia y del origen de su pueblo. Aún recordamos a Naúm Ranniceanu, ardiente patriota que escribió en griego la obra *Alfabeto, gramática y textos escogidos*, "para uso de la juventud rumana", tal como dice en su prólogo. Además, Gheorgaki Golescu, el gran defensor de la lengua rumana de principios del siglo XIX, y que finalmente pudo ver sus luchas hechas justicia y triunfantes, íntimo amigo de Rigas Velestinlís, redactó sus libros y casi todas sus argumentaciones y polémicas en griego, o bien en ambas lenguas, cosa que no era extraña por aquel tiempo en los principados.

En términos generales, el griego tuvo una gran difusión en todos los Balcanes durante los siglos XVII y XVIII, tanto en la literatura, la poesía, el cuento, la novela, como en el pensamiento

filosófico, etc. Atestiguan lo anterior las ediciones de las más famosas obras de la literatura occidental, vertidas al griego e impresas en Moldovalaquia, donde se practicaba mucho el conocido sistema de obtener suscriptores antes de que circulase un libro. Junto a las *Fábulas*, de Esopo; los *Idilios*, de Teócrito; *Dafne y Cloe*, de Longos, *Erotócritos*, *Erofilo*, *Imperio y Margarona* —obras de nuestros escritores medievales—, circularon traducciones de libros de los franceses Rousseau, Diderot, Montesquieu, Descartes, Molière, Fontenelle; de los moralistas ingleses Chesterfield y Ramsey, del “iluminista” John Locke, así como también de sus muchos colegas italianos y alemanes. Asimismo aparecieron en idioma griego numerosas ediciones de obras que son famosas aún hoy día, como *Las aventuras de Telémaco*, de Fenelón; *Memno o de la sabiduría humana*, de Voltaire; la novela *Pablo y Virginia*, de Bernardino de Saint Pierre; *La pastorcilla de los Alpes*, de Marmontel; *El viaje del joven Anácaris*, de Barthélemy; *El tesoro de los niños*, de Beaumont, etc. Podemos decir que no existe libro griego que no haya circulado por aquellos tiempos en los principados. Cuando luego de 1821 se clausuraron ambas academias, prevaleció en la enseñanza la lengua rumana (sin ser desterrado el griego aún durante varias décadas), pero todas esas traducciones fueron utilizadas como textos auxiliares para la versión de los originales franceses o ingleses al rumano. Y ello porque eran contados los filólogos rumanos que sabían alguna lengua del mundo occidental, mientras que los graduados de las academias —que dominaban el griego a la perfección— eran muchos y estaban perfectamente preparados. Todo esto, sumado al hecho de que en las Academias de Bucarest e Iasi había también maestros de origen rumano que enseñaban en griego antiguo y moderno, testimonia cuánto se había difundido el griego —o mejor, cuán bien recibido era— y cuántos partidarios existían de él, de su literatura y, en general, de la cultura griega, en los principados danubianos durante los dos siglos a que nos hemos referido.

Luego de la unificación de los principados (1861) y de la formación del Estado rumano independiente (1878), cuando Rumania ya había adquirido una lengua nacional bastante desarrollada y comenzaba a crear su propia literatura, algunos estudiosos rumanos encontraron —en verdad, muy pocos— que los dos siglos que caracterizaron el funcionamiento de las Academias Principescas eran como un “paréntesis indeseable”, tanto en el desarrollo de las letras como en la vida del mismo pueblo rumano. Ahora bien, sobre la base de los nuevos elementos que fueron sacados a luz mediante las investigaciones de la señora Camarianú-Ciorán,

esta interpretación errónea ya no puede prosperar. Por el contrario, se demuestra cuánto representó para Rumania y para todos los pueblos balcánicos la acción de ambas academias.

Hemos visto la tendencia de los príncipes moldovalacos, especialmente los autóctonos, a considerarse a sí mismos como herederos de los emperadores bizantinos, destinados a liberar al Imperio de la esclavitud otomana. Los maestros griegos no hallaban, pues, ninguna dificultad para cultivar los espíritus de sus discípulos en el amor a su patria y a la libertad. En los textos de Isócrates, de Platón, de Demóstenes, encontraban suficientes ejemplos como para despertar el sentimiento patriótico en sus jóvenes mentes. A fines del siglo XVIII y en vísperas del gran levantamiento de 1821, el anhelo de libertad ya vibraba en toda alma griega, cualquiera fuese el rincón de la Península donde habitase. La mayor parte de los maestros de las academias eran miembros de la "Etaireia", la sociedad secreta para la liberación de Grecia. Era, por consiguiente, natural que en sus clases enseñaran el ideal de la libertad y el derecho de los griegos y de todos los demás pueblos a vivir libres. Así, despertóse la conciencia nacional y el patriotismo de los jóvenes que seguían sus enseñanzas, ya que no eran sólo griegos quienes asistían a sus clases, sino también rumanos, búlgaros, serbios y albaneses. Junto, pues, a una formación científica análoga a la impartida en las mejores universidades de Occidente, los estudiantes de ambas academias se graduaban con una acentuada conciencia nacional y patriótica. Dos valiosos e inestimables recursos que contribuirán más tarde a convertirlos en intérpretes de los anhelos y de las reivindicaciones de sus pueblos, no solamente en lo cultural, sino también en el terreno político.

El desarrollo y el progreso que vimos tuvo su natural consecuencia: dos distinguidos maestros rumanos de comienzos del siglo XIX, Jorge Lazar y Jorge Arzaki, el primero graduado en la Academia Príncipesca de Bucarest, coparticipaban en la idea de que ya había llegado el momento para que la enseñanza en las instituciones superiores de educación de su patria se realizase en lengua rumana. En 1817 estos educadores solicitaron y obtuvieron autorización para fundar los dos primeros liceos rumanos. Podríamos decir que actuaron bajo una inspiración profética, puesto que cuatro años más tarde, en febrero de 1821, en Iasi de Moldavia, Alejandro Hyspíantis dio la señal del levantamiento griego, con el contragolpe inmediato por parte de los turcos: la clausura de las dos academias y la aniquilación de la Sagrada Compañía en Dragatsani. Fue entonces cuando los estudiantes y los profesores que sobrevivieron a esta catástrofe se pasaron a los dos liceos rumanos,

los cuales fueron organizados a partir de aquel momento conforme a los métodos didácticos de las academias clausuradas.

Grande es, por lo tanto, la deuda del pueblo rumano y de su cultura con la fundación y el funcionamiento de instituciones educacionales de tan alto nivel como las Academias de Bucarest y de Iasi. Y no es justa la opinión de que su obra representa un paréntesis, incluso indeseable en la evolución cultural y social de los rumanos. Como tampoco es correcto el otro punto de vista de que la penetración y difusión del griego en los principados era obra y propósito de los príncipes fanariotas del siglo XVIII. La autora revela en su libro elementos hasta ahora desconocidos, los cuales atestiguan que quienes primero llamaron a los maestros griegos a los países rumanos para confiarles la educación de sus hijos y luego para enseñar en las escuelas rumanas, fueron los príncipes del siglo XVIII, los cuales eran de linaje rumano. Mientras que aquellos que colocaban barreras a esta difusión, a los fines de que el rumano evolucionase y ocupase el lugar que le corresponde en la educación eran, lisa y llanamente, los príncipes fanariotas.

Las cifras vienen en apoyo de la verdad. Los números indican que en la centuria de los príncipes rumanos fueron impresos en Moldoalacia 53 libros rumanos, mientras que la cantidad de obras griegas llegó a 92, es decir, el doble. Por el contrario, en el siglo de los príncipes fanariotas, la lengua rumana no solamente ganó el terreno perdido, sino que dio un impresionante salto: respecto a sólo 37 libros griegos impresos en el siglo de los fanariotas, se contraponen 231 libros escritos en rumano, es decir, seis veces más.

Y ahora, luego de este breve y forzosamente incompleto repaso de la obra de la señora Camarianú-Ciorán, pasaré a exponer algunas opiniones propias, apoyadas en lo que me reveló su lectura.

Durante los dos siglos en que se mantuvo la educación griega en Moldoalacia, enseñaron en sus academias 88 maestros griegos, 54 de ellos en Bucarest y los 34 restantes en Iasi. Entre éstos se distinguen los más brillantes nombres de los maestros de la nación helénica, como Sebastós Kiminitis, Rigas Velestinlis, Lampros Fotiadis, Constantino Vardalajos, Neófito Ducas, Jorge Ghenadios, Demetrio Govdelás, y tantos otros. Para poder desarrollar su cometido educacional y cultural, los intelectos más esclarecidos de Grecia buscaban fuera de su país las condiciones propicias para ello. Los principados danubianos les ofrecían esas condiciones, gracias a la semiautonomía que poseían y a los mayores medios materiales de que disponían. Así, en una época en que en su patria reinaban las tinieblas de la más negra esclavitud, y sus propios compatriotas

necesitaban de sus luces, quienes se beneficiaban eran los otros pueblos de la Península, en especial los rumanos. Dos siglos de enseñanza cotidiana, no solamente de los tesoros de la antigüedad griega, sino también de las más recientes conquistas del espíritu occidental, fueron el punto de partida para que el cultivo espiritual de Rumania tomase gran ímpetu y alcanzase al del mundo occidental. Estupendos beneficios y no "oscuro paréntesis", si pensamos en la real oscuridad en que se hallaba el pueblo griego cuando logró su independencia, luego de luchas desesperadas y de inimaginables sacrificios.

En la cuestión del progreso cultural, el pueblo rumano obtuvo solamente beneficios con la presencia de los sabios griegos en sus escuelas. Los rumanos fueron afortunados respecto a su restauración nacional y, junto a ellos, los demás pueblos de la Península. Porque si en el despertar de su conciencia nacional los maestros griegos jugaron un papel esencial y decisivo, un gran aporte a su independencia se debió al holocausto del pueblo griego que, con su levantamiento de 1821, sacudió los cimientos del Imperio Otomano. Era necesario que pasasen aún algunas décadas para que la semilla sembrada por estos maestros patriotas en los demás países balcánicos madurase y produjese, con el tiempo, la emancipación nacional de los rumanos, búlgaros, serbios y albaneses.

Pero también los rumanos y los demás pueblos de la Península recibieron otro gran aporte merced a la presencia de tantos ilustres profesores helenos en sus instituciones culturales. Hemos visto cómo, junto con el despertar de su conciencia nacional, fueron ayudados a descubrir su propia lengua nacional. Pero lo más importante fue que aquellos sabios, conociendo los infortunios del pueblo griego por el fenómeno del bilingüismo, les indicaron el camino correcto a seguir para que adquirieran una sola lengua nacional, viviente y accesible a todos los niveles sociales.

Los rumanos son de ascendencia latina. Con el correr de los siglos y en el cruce geográfico en que se encuentran, fueron sometidos —al igual que los griegos— a numerosas invasiones e influencias. Los historiadores y etnólogos alemanes Enckel y Schuller sostuvieron que, como consecuencia de su historia tan llena de entrecruzamientos, el pueblo rumano había perdido su latinidad. Exactamente lo que afirmó para nosotros los griegos Falmereier, otro "sabio" alemán del siglo pasado.

Era natural que los rumanos reaccionasen. Entonces se afianzó en los círculos cultos una tendencia de rechazo de todo elemento extranjero y de retorno a las fuentes ancestrales del Lacio —su tierra de origen—, particularmente en la cuestión de la lengua. Es

decir, que prevaleció allí también la opinión de que, depurando el idioma del pueblo, se pudiese llegar a hablar y escribir una lengua muy próxima al latín. De este modo, creóse una escuela literaria, la de los denominados "latinistas" —que recuerda a nuestros partidarios de la *depurada* (katharévusa)—, la cual tuvo preponderancia especialmente en Transilvania. Pero en las Academias de Moldavia y Valaquia, desde hacía tiempo, ya los maestros griegos enseñaban que la lengua es un organismo viviente que evoluciona sin cesar, adaptándose a las necesidades de cada época y perfeccionándose. Grandes talentos poéticos del pensamiento, que siguieron sus consejos y que no se limitaron a inspirarse solamente en las costumbres y las leyendas del pueblo, sino que escribieron en su lengua viva, crearon verdaderas obras de arte, producciones maestras que hoy día son orgullo de las letras rumanas. Con justicia un Miguel Eminescu, un Basilio Alexandrí, un Cosbuc, son considerados poetas del nivel de los europeos y renovadores del lenguaje; artesanos de la palabra que crearon un auténtico instrumento expresivo nacional, para uso de todas las clases del pueblo rumano.

La escuela de los "latinistas", que al principio tuvo bastantes e importantes sostenedores, trabajó en vano durante un siglo para demostrar, al final, su hueca utopía, sin dejar en las letras rumanas sino una romántica reminiscencia.

Desgraciadamente, nosotros los griegos no tuvimos la misma suerte hasta el Año de Gracia de 1975, aunque no nos faltasen maravillosos creadores lingüísticos como Solomós, Palamás, Karkavitsas y tantos otros. La cuestión idiomática continúa angustiando a nuestro pueblo, cuando todo muestra —desde hace años— cuál es la decisión que debemos tomar de modo irrevocable y sin demora. Debemos hacer de la lengua neohelénica, de una enorme complejidad, un medio de enseñanza y no un fin. Instrumento a disposición de nuestro pueblo, de fácil acercamiento a las luces de la razón y de la ciencia, y no muralla de contención de su progreso. Cuando prevalezca definitivamente la lengua demótica (popular) será necesario simplificar su ortografía, para mejor adaptarla a las necesidades de la vida contemporánea y facilitar su aprendizaje.

Pero, antes de terminar, quisiera volver a la obra de la señora Camarianú-Ciorán. Una satisfactoria comprobación lograda al leerla es el hecho de que últimamente en Rumania han adquirido enorme amplitud las investigaciones sobre temas históricos, folklóricos, literarios, etc.; y de que en el tema sobre el beneficio o perjuicio que tuvo la presencia de los príncipes fanariotas en los países de Moldoalauquía, distinguidos científicos como la autora rehabilitan

la verdad histórica. Aún más, los puntos de vista y juicios de los historiadores rumanos, al menos de la gran mayoría de ellos, coinciden ahora con los de sus colegas griegos, lo cual nos satisface especialmente. Una obra deseable sería que la rehabilitación de esta verdad llegase hasta los pupitres escolares, allí donde se forman o influncian los sentimientos de los pueblos y la apreciación de uno respecto al otro.

Quisiera formular los mismos votos acerca de otra materia, causa de divergencias también, la cual debería, asimismo, considerarse por ambas partes con más sangre fría y objetividad, ya que parece ser la única que continúa afectando los corazones de ambos pueblos amigos: los verdaderos motivos que condujeron al enfrentamiento de una figura heroica de los griegos con un gran héroe de los rumanos. Alejandro Hypsilantis con Tudor Vladimirescu, dos patriotas que sacrificaron sus vidas por el bien de sus patrias. El reconocimiento del valor y la gratitud que debemos a uno, no disminuye en nada el valor y la gratitud que debemos al otro; más aún, cuando se trata de dos países que nunca estuvieron alejados por diferendos territoriales u otras razones de peso. Es éste un gran tema principal que espera la pluma de un escritor e investigador de la talla de la señora Camarianú-Ciorán, para que sea situado en su justa estimación. Las fuentes auténticas para su esclarecimiento se encuentran en Bucarest y en Iasi, lo mismo que en los "tesoros" de los archivos de Viena, como igualmente en los de Leningrado, la vieja San Petersburgo. Sólo encaminándose por esa senda y apoyándose en esas ricas canteras, es que una noble iniciativa como la que sugerimos podría conducir al resultado feliz que deseamos.

# The 'Paideia' and the Greek Tongue at the Princely Academies of Moldoalaquia

George Hurmuziadis

Basing himself on the noteworthy work of Ariadna Camarianú-Ciorán, 'The Princely Academies at Bucarest and Iasi', Hurmuziadis leads us to a better understanding of the significance of Greek language and education in the cultural formation of Rumania during the 17th and 18th centuries.

The entire process had its source at the Academies of Moldoalaquia, in whose setting up and running the participation of Greek masters and scholars was decisive, a participation which, besides opening to Rumanians the gates to western thought and civilization, resulted too in a dissemination of their own culture and Greek tongue.

Hurmuziadis delves in special in the causes that led to this singular phenomenon, clarifying that the imposition of the Greek language on Rumanian education in the 17th and 18th centuries was not a result of the actions of Phanariote Greeks, as many historians have thought, but rather a consequence of the needs themselves of the Rumanian people.

In the first place, it was important to Rumanians to strengthen their Orthodox religion, so as to ward off any possible influence on the part of western churches. And as Greek was precisely the language of orthodoxy, opposing Latin, the instrument of western religious propagation, it was only natural that they should adhere to Greek, as this language constituted the "best defence against any influence from abroad".

Additionally, the princes of Moldoalaquia, as well as the Russian czars, in the course of their relatively autonomous rules, nursed the idea of becoming some day "the protectors of the Orthodox Church and continuers of the Byzantine Empire", so it is not to be surprised at that they should have adopted and contributed to spread the Greek language as a vehicle of culture.

However, besides these two causes of a religious and political nature, Hurmuziadis stresses that there are other causes of no

less importance. One of them is the influence exerted by mixed marriages. The author informs us that "three 17th century princes had Greek wives, from Constantinople, Chios and Rhodes", and it was logical that these princes should wish their sons to assimilate a tongue that would put them in touch with classical culture.

Another important factor in the diffusion of the Greek language was the fact that the Hellenes had the maritime monopoly of the products exported by the Danubian principalities, a monopoly that acquired such importance that it made Greek become the language of pan-Balkan trade.

It is also necessary to point out in this respect that Byzantine culture did not die out entirely with the fall of Constantinople at the hands of the Turks. Furthermore, it continued its development through the going of many scholarly Greeks to the west, interacting with the illuminist and philosophical theories flourishing at the time in Europe, a fact that undoubtedly contributed to its enrichment.

And since the printing presses that were most adequate for the publication of literary works were to be found mainly in the Danubian principalities, these paid preferent attention to the works that clearly proved to be defenders of orthodoxy. So that Greek, the language of orthodoxy, predominated among these publications, reaffirming its position even more through the translations made into Greek of the great western illuminist works of Bacon, Voltaire and Rousseau, among others.

All this finally contributed to make of Greek the language of literature and science in the peninsula, "the window through which Rumanian intellectuals could take a first look at western thought and European literature", in the words of a Rumanian commentator quoted by the author of this study.

Henry Lowick-Russell

less importance. One of them is the influence exerted by mixed languages. The author refers to the Greek-Latin mixture which had Greek words from (1) vocabulary, (2) style, and (3) syntax. It is logical that these words should have been used to designate a language that would have been a mixture of Greek and Latin.

Another important point is the influence of the Greek language on the fact that the author had the main members of the Greek language in the German language. It is only that the author has determined that it was Greek that was the language of the Hellenic world.

It is also necessary to point out in this respect that Blaise Pascal had the main members of the Greek language in the German language. The author refers to the fact that Pascal had the main members of the Greek language in the German language. It is only that the author has determined that it was Greek that was the language of the Hellenic world.

And since the printing process that was most adequate for the publication of literary works was to be found mainly in the German printing industry, the author paid attention to the work of the Greek press in the domain of orthography. It is clear from the language of orthography, predominant among these publications, that the Greek of the great western humanist works of Bacon, Voltaire and Rousseau among others.

All this finally contributed to make of Greek the language of the German and French literatures. The author's thought which humanistic intellectual, and led to the first book of the author and European literature, in the sense of a humanistic communication and the author of the book.

Prof. Dr. G. H. H. H.